

LAS FORMAS DE ACCIÓN

COLECTIVA EN COMUNIDADES DE LA REGIÓN OTOMAZAHUA; ENTRE LA TRADICIÓN Y LA ESTRATEGIA

ARACELI MENDIETA RAMÍREZ¹

Fecha de recepción: 04 de enero 2019

Fecha de aceptación: 01 de marzo 2019

SUMARIO: I. Introducción. II. La acción colectiva. III. La pluriactividad en la región otomazahua. IV. La ayuda mutua como estrategia en la pluriactividad, el caso de los pajareros de Morelos. V. Las prácticas colectivas de mujeres, una forma de ganar espacios. VI. La acción colectiva y pluriactividad. VII. Conclusiones. VIII. Referencias.

Resumen

La influencia de los flujos de información y humanos propician cambios en la interacción de lo local, dicha movilidad, junto a la influencia del modelo económico imperante empujan cada vez con más fuerza hacia el interés individual, sobre el bien común. Ante el “ajuste” o cambio social de las localidades, pareciera que la acción colectiva está destinada a desaparecer; sin embargo, existen nuevas formas de acción colectiva a través de las cuales grupos de personas resuelven problemas comunes y en algunas comunidades otomíes y mazahuas la acción colectiva se preserva en la tradición y se refuerza en la estrategia, porque actuar colectivamente no solo es parte de una dimensión simbólica, sino social y económica. Este conjunto de hechos contribuye a que en algunos ámbitos locales la acción colectiva se mueva en distintas direcciones al mismo tiempo, mientras en ciertas

¹ Adscrita a la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México; mendieta.araceli@gmail.com

comunidades se diluye paulatinamente, en otras se preserva, intensifica e incluso surgen nuevas formas de acción colectiva. Se trata de estudios de caso recuperados a través de registros etnográficos en distintas localidades de municipios mazahuas y otomíes en el Estado de México.

Palabras clave: *acción colectiva, neoinstitucionalismo, pluriactividad, pueblos originarios.*

The forms of collective action in communities of the otomazagua region; between tradition and strategy

Abstract

The influence of information and migration flows fosters changes in the interaction, together with the influence of prevailing economic model that pushes ever more strongly towards individual interest, on the common good. This set of facts contributes to the dilution of collective action in some local areas, at the same time, there are communities where new forms of collective action are preserved and emerge. These are case studies retrieved through ethnographic descriptions in different localities of Mazahua and Otomi municipalities in the State of Mexico. Before the “adjustment” or social change of the localities it seems that the collective action is destined to disappear. However, there are new forms of collective action through which groups of people solve common problems and in some Otomi and Ma-

zahua communities. Collective action is preserved in tradition and reinforced in the strategy, because acting collectively is not only part of a symbolic dimension, but social and economic.

Keywords: *collective action, neoinstitutionalism, pluriactivity, original towns.*

Introducción

Identificamos como región otomomazahua a la dimensión socioterritorial con mayor población étnica (otomí y mazahua) y territorio en el Estado de México, localizada en el Valle de Toluca. Los municipios que forman parte de esta región son Toluca, Lerma, Temoaya, Jiquipilco, Ixtlahuaca, Morelos, Jilotepec, San Felipe del Progreso, San José del Rincón, Atlacomulco, Temascalcingo, entre otros. Nuestro referente será la pluriactividad en los municipios de Morelos y San Felipe del Progreso.

En esta región étnica existe un importante flujo migratorio intra e inter nacional que intensifica los procesos de transformación y la influencia hegemónica del Estado y del Mercado. Una característica de las localidades de esta región es la pluriactividad, que para el caso de este análisis, entenderemos como una externalidad negativa del sistema económico neoliberal, al degradar los modos de vida periféricos de comunidades que alguna vez tuvieron autosuficiencia alimentaria. La insuficiencia, desigualdad progresiva y marginalidad de las familias que no han

LAS FORMAS DE ACCIÓN

COLECTIVA EN COMUNIDADES DE LA REGIÓN OTOMAZAHUA; ENTRE LA TRADICIÓN Y LA ESTRATEGIA

logrado insertarse funcionalmente al modelo económico los ha obligado a realizar múltiples actividades y a migrar, para satisfacer sus necesidades básicas.

Las familias marginadas del sistema económico logran subsistir realizando actividades informales, simultáneas y complementarias al ciclo agrícola. Las actividades informales, no tienen seguros y ningún tipo de garantías e implican riesgos constantes, esfuerzos y costos que en algunos casos pueden disminuir si se trabaja colectivamente. No obstante, hay grupos cuyas dinámicas son competitivas e individuales y el interés por el bien común se diluye paulatinamente.

A partir de la pluriactividad es posible identificar dos tipos de acción colectiva; por un lado, los actos cooperativos reconocidos e institucionalizados en la cultura local, relacionados con el intercambio, cooperación y reciprocidad (mano vuelta o devolución); la naturaleza de este tipo de ayuda mutua, puede compararse con el *tequio* o el *foshe* entre los mazahuas. Por otro lado, podemos identificar las acciones cooperativas que surgen como estrategias colectivas para facilitar la realización de ciertas actividades de subsistencia.

El primer tipo de acción colectiva la identificamos como tradicional, porque ha sido parte de la interacción en poblaciones otomíes y mazahuas, algunas comunidades aún preservan ayuda mutua, cooperación (faenas), intercambio, reciprocidad o mano vuelta, privilegiando el bien común, como parte del bien individual, como en el caso de los trabajos propios del ciclo agrícola, las fiestas patronales y la organización en torno a la propiedad ejidal y comunal de la tierra, entre otros.

El segundo tipo de acción colectiva corresponde a las nuevas sinergias sociales, que son parte de los “ajustes” de las poblaciones a las necesidades de la pluriactividad. Las nuevas formas de acción colectiva tienen un carácter

estratégico, porque las personas ante la indiferencia del Estado y la marginalidad de su posición en el mercado, encuentran que aliarse es una alternativa para ampliar sus posibilidades de subsistencia, disminuir riesgos (cuidarse mutuamente) o disminuir costos económicos al realizar actividades en común. Algunos de estos casos son las familias de comerciantes ambulantes, los que tienen necesidad de migrar juntos, e incluso las redes de migración transnacional.

La intención del presente acercamiento a la acción colectiva tradicional y estratégica, es mostrar que en la complejidad de los espacios locales, ante el neoliberalismo excluyente y la vulnerabilidad de la población, existen similitudes en las reacciones, como la pluriactividad, fenómeno a partir del cual, surgen nuevas experiencias de acción colectiva entre grupos, que hacen posible identificar distintas redes en estas sociedades en transición.

Lo local es un *lugar* privilegiado para mostrar el contexto en el que se tejen nuevas redes colaborativas y al mismo tiempo, permanecen o se diluyen las interacciones basadas en el bien común tradicional.

La observación de la acción colectiva se ha realizado a través del trabajo de campo en la región otomazahua, registrando casos de pluriactividad; sin embargo, dada la variedad de casos y tamaño de la región, solo nos referiremos a dos casos, los pajarreros de Morelos y los proyectos producti-

vos de mujeres en San Felipe del Progreso, un municipio es otomí y el otro mazahua, en ambos casos identificamos dos tipos de influencia en la acción colectiva: una inspirada en la tradición colectiva étnica y cultural y otra espontánea y estratégica.

El trabajo de campo en el municipio de Morelos se realizó entre los años 2016 y 2019. En el municipio de San Felipe del Progreso se ha realizado trabajo de campo desde 2008, a partir del seguimiento de actores colectivos formales e informales con el propósito de documentar la acción colectiva mazahua para mi investigación doctoral; entre varios grupos identificados describiremos el caso de la acción colectiva en grupos de mujeres que participan en proyectos productivos.

La acción colectiva

La acción colectiva ha sido un tema que ha llamado la atención de diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales, los antropólogos ilustraron las relaciones colectivas como parte de una economía solidaria y circular, como el *kula* en Malinowski (1975), el *potlach* en Mauss (1969/2009) y la reciprocidad e intercambio solidario de Polanyi (1994).

El estudio de los bienes comunes y la acción colectiva ha seguido distintas y poderosas rutas teóricas, de brillantes personajes como: Mancur Olson (1965/1992), Garret Hardin (1968), Marcel Mauss

(1969/2009), Elinor Ostrom (2000),² Amartya Sen y Martha Nussbaum (1996).

En la actualidad, el interés por lo colectivo ha resurgido entre un conjunto de procesos entrópicos que sufre nuestro planeta, el libre acceso del mercado a los recursos naturales y sus externalidades negativas, la insuficiencia del estado y la crisis humanitaria en el mundo.

En este escenario, las prácticas de acción colectiva no sólo son una respuesta a las contradicciones del sistema económico, también forman parte de este y tienen lugar en ámbitos rurales y urbanos, espacios físicos y virtuales. Debido a la diversidad de formas de acción colectiva, conceptos y tradiciones teóricas, nos interesa el análisis de la acción colectiva como acción social, externa a los individuos, observable y que está relacionada con las instituciones; grandes especialistas en el tema, han considerado la influencia de las instituciones en la construcción de lo colectivo, como: Mancur Olson (1965/1992), Charles Tilly (1991), Michael Taylor (1982, 1991), Jon Elster (1991), Mark Granovetter (1991), Robert Axelrod (1996), Douglass North (2006), Russell Hardin (1982), Sidney Tarrow (1997), Thomas C. Schelling (1978), Pranab Bardhan (2005).

Sin duda, una de las tradiciones analíticas más antigua en el estudio de la acción colectiva ha sido la teoría de los bienes públicos, a partir de la cual Mancur Olson (1965/1992) identifica la figura del *free-rider*

o parasitismo, cuando alguien se beneficia del trabajo de los demás, con el mínimo esfuerzo, planteando el dilema sobre ¿cooperar o no cooperar?, punto de partida de otras consideraciones.

Otros enfoques teóricos que se han ocupado del estudio de la acción colectiva son la teoría de la elección racional, los movimientos sociales, las teorías de las movilizaciones de recursos, las de estructuras de oportunidad política, la elección racional y el enfoque del nuevo institucionalismo, entre otros.

Para ilustrar los casos que nos ocupan, seguiremos la perspectiva del nuevo institucionalismo, por su capacidad explicativa para identificar la influencia de las instituciones en las microconductas, a través de las organizaciones. En esta línea de pensamiento Douglass C. North (2006), considera que la cultura es fuente de la acción colectiva e individual y junto con otros teóricos del nuevo institucionalismo plantean que la cultura opera en una lógica vertical mediante la cual los grupos son capaces de resolver el problema planteado por Olson (1965/1992) y además, explican el cambio institucional.

Roger Friedland y Robert R. Alford (1999) reconocen la dimensión material y simbólica de la cultura como fundamental para entender la acción colectiva e individual. El nivel institucional de la cultura preserva modos de acción a través de las organizaciones, en las que existen mecanismos

2 Premio Nobel de Economía 2009.

para persuadir a los individuos. El estudio de estos tres niveles es una forma de entender las transformaciones institucionales como transformaciones materiales y simbólicas del mundo, esto significa el reconocimiento del relativismo y la diversidad cultural en el estudio de la acción colectiva.

La idea de las instituciones como fuerzas invisibles que moldean el comportamiento colectivo la encontramos desde Emile Durkheim (Durkheim, 2000), y los neoinstitucionalistas muestran un renovado interés en la figura de las instituciones, formales e informales, edificando una teoría capaz de explicar el cambio social y económico (Axerlod, 1996; North, 1996, 2006; Elster, 1990, 1991; Grafstein, 1992; Knight, 1992; Powell y Dimaggio, 1999; Ostrom, 2000; North, Wallis y Weingast, 2009).

En términos de Douglas North y Adamson Hoebel, el ámbito formal de la institución son las reglas escritas (constitución, leyes estatutarias, derecho escrito, reglamentos, contratos, entre otros) y el ámbito informal, es la cultura, que son reglas no escritas, pero presentes y referentes de conducta³ (convencionalismos, hábitos, costumbres, tradiciones, normas y valores

colectivos, la búsqueda del bien común) (North, 2006; Hoebel, 1975).

En términos Douglass North, las instituciones son los marcos de acción de la interacción humana y las concibe como las limitaciones que los seres humanos se imponen a sí mismos para conservar el orden (North, 2006: 14). Las instituciones son una construcción social entre la ley y la costumbre, que forman el marco de inteligibilidad social, a partir del cual los individuos esperan “[...] superar la ansiedad de la incertidumbre y garantizar la vida en común” (Aguirre, 2004: 41).

Las instituciones inducen a los sujetos hacia comportamientos socialmente deseados y restringen o sancionan las conductas indeseadas. En este sentido, la cultura es una fuerza invisible, que opera mediante una dimensión simbólica y a partir del reconocimiento de la diversidad cultural podemos reconocer también múltiples racionalidades, cosmovisiones y valoraciones de lo colectivo (Hirschman, 1977b; North, 1996, 2006; Scott, 1999; Powell y DiMaggio, 1999; Friedland y Alford, 1999; Bardhan, 2005).

El neoinstitucionalismo no solo explica las conductas individuales y colectivas por medio de la influencia de las instituciones, también reconoce la capacidad de los individuos y grupos como actores sociales, esto significa actuar en función de sus intereses, oportunidades y beneficios.

³ Hoebel nos deja como ejemplo los distintos patrones de conducta para diferenciar a hombres y mujeres, jóvenes y adultos, en todo el mundo hay diferenciación social entre personas casadas y solteras, y también cada grupo social tiene sus propias características de conducta, aplicables solo a sus miembros. Mientras las primeras son universales, las segundas son particulares o especiales (Hoebel, 1975: 236).

La diferencia entre la acción colectiva institucionalizada en la comunidad y otros tipos de acción colectiva, es que la dimensión cultural no requiere ser detonada para el caso de las movilizaciones políticas, los miembros se conocen, las acciones tienen un significado y una función, recompensas y castigos, costos-beneficios; forman parte de un modo de vida que se preserva en los sistemas de transmisión cultural y en la cotidianidad.

Entre los más notables neoinstitucionalistas podemos mencionar a Jack Knight, quien define las instituciones sociales como un conjunto de reglas que estructuran las interacciones sociales para lograr el mantenimiento y estabilidad de una colectividad y las ve como una potencialidad porque reducen la incertidumbre: “Las instituciones sociales se conciben como un producto de los esfuerzos de algunos para restringir las acciones de otros con los que interactúan” (Knight, 1992: 19).⁴

En un mundo de interdependencia social, Knight plantea que las instituciones sociales hacen la vida más fácil, proporcionan un significado a la vida colectiva, permiten a los actores sociales producir, para lograr con otros beneficios que ellos no lograrían por sí solos: “En algunos contextos, estos beneficios son llamados beneficios del comercio; en otros, ganancias

de la cooperación; en otros más, ventajas de la coordinación” (Knight, 1992: 25).⁵

Robert Grafstein (1992) es otro neoinstitucionalista que piensa las instituciones como convenciones, formadoras de patrones rutinarios en una organización y las normas expresan los valores o intereses colectivos, lo cual compensa el hecho de que las elecciones de los sujetos no sean completamente racionales.

Tanto Douglass North (2006), como Jack Knight (1992) recurren al concepto de cultura de Robert Boyd y Peter J. Richerson para explicar la conducta colectiva como la influencia de generación en generación, a través de los sistemas de transmisión cultural (Boyd y Richerson en 1985: 2).⁶ Mientras North ve en la cultura el marco interpretativo y valorativo de la acción (North, 2006: 55), Knight se refiere al aprendizaje, la imitación y reforzamiento de normas y reglas⁷ para establecer los derechos de propiedad, a fin de mantener la asimetría de poder en la organización económica.

De acuerdo con North, las instituciones formales e informales son complementarias para comprender el desempeño de las economías, la política y la sociedad. Ignorar cualquiera de ambas dimensiones, provocaría que solo tuvieran una com-

⁴ Traducción de la autora, las cursivas en el original.

⁵ Traducción de la autora, las cursivas en el original.

⁶ Boyd, Robert, y Peter J. Richerson (1985), *Culture and the evolutionary process*, Chicago: University of Chicago Press. Citado en North, 2006: 55.

⁷ También para North (2006) y para Grafstein (1992) las instituciones son convenciones de la conducta humana.

presión parcial e incluso equivoca de la sociedad. En el enfoque de North, el intercambio es la base de la acción colectiva.

En la visión de Elster (1990) el efecto de las instituciones en la sociedad es restringir el conjunto de oportunidades de los sujetos, no hacer imposibles, sino hacerlas más costosas como en el caso de la trasgresión de las normas; así las instituciones disuaden conductas egoístas e incentivan conductas socialmente deseadas.

North (1996, 2006), Elster (1990), Knight (1992), Friedland y Alford (1999) coinciden en que las reglas disminuyen la incertidumbre en los procesos de intercambio, porque las normas proporcionan certeza de que habrá una sanción para quien incumpla. Una idea común entre estos teóricos neoinstitucionalistas es que las instituciones son una expresión de las relaciones sociales y el orden simbólico.

Friedland y Alford (1999) además de ver las instituciones como un límite para la conducta, admiten una relación medios-fines en las instituciones. En este sentido, si las instituciones diseñan las preferencias y las elecciones, modelan las formas de racionalidad, porque la racionalidad es aprendida.

El análisis de las instituciones también toma en cuenta los contextos: ambiente, cultura, características sociales, políticas y económicas. Hechos de suma importancia en el desempeño de los actores colectivos y la interrelación. Feiock (2009) considera

que las instituciones deben ser la unidad de referencia para todos aquellos quienes toman parte en la acción colectiva.

Los medios de las instituciones para sancionar o incentivar las conductas son las organizaciones, ese nivel intermedio entre instituciones e individuos, donde la acción humana está estructurada colectivamente. Eggertsson (1996: 6-24) y North (1996, 2006) ilustran el papel de las organizaciones como los jugadores y las instituciones, como las reglas del juego. En esta línea de pensamiento, las organizaciones son una expresión de las decisiones y acciones colectivas y una unidad de análisis de la estructura institucional, porque dan forma a la vida en sociedad.

Las organizaciones resultan relevantes para la teoría neoinstitucionalista porque pueden modificar y alterar la relación entre instituciones y costos de negociación. El enfoque de North recae en las organizaciones, no solo porque cumplen funciones para favorecer la estructura institucional, sino que también representan el conocimiento previo acumulado y bajo esta lógica, North las reconoce como agentes de cambio, porque son una forma de liderazgo, de poder, procesamiento y acceso a la información y de interacción con su entorno, es decir, son un espacio de poder. José Arocena también describe a las organizaciones como actores colectivos locales que mantienen complejos sistemas de interacción en los sistemas socioterritoria-

les y suponen relaciones de poder y procesos constitutivos de identidad (Arocena, 2002).

Las experiencias colaborativas corresponden a un nivel organizacional, cuyo funcionamiento puede ser análogo a un ecosistema y suelen identificarse como retorno, regreso, revaloración y resignificación de lo comunal, aunque surgen también nuevas formas colectivas en espacios territoriales diversos, rurales, urbanos y virtuales; que funcionan a través de intercambio de bienes materiales e inmateriales; como reacción al capitalismo o como parte de los efectos del sistema económico.

Entre la diversidad de las nuevas formas colectivas, alrededor del mundo, los activistas y académicos han ampliado el repertorio conceptual, refiriéndose al bien común, pro común, *tequio*, *minga*, *andecha*, *auzolocan* (Rendueles, Sádaba, 2015); los *commons*, los comunes inmateriales (Ostrom, 2000; Méndez, 2015); relaciones colectivas; economía social, solidaria (Sabín, 2015), economía comunitaria o circular; gestión comunitaria; sociedad cooperativa; forma de consumo colaborativo; vínculos comunitarios y economías para la vida (Calle, 2015; Calle, Suriñach, Piñeiro, 2017; Rendueles, 2017; Vega, Martínez-Buján, Paredes, 2018), economías y tecnologías del don (Lafuente, Corsín, 2015), comunalización, comunitismo —activismo comunitario— (Escobar, 2016), entre otros.

Los conceptos más extendidos sobre los bienes comunes son definidos como “recursos de uso común y se suelen caracterizar sumariamente como aquellos de cuyo uso es difícil excluir a alguien, pero cuyo empleo por una persona disminuye la posibilidad de que otros lo usen” (Rendueles, Sádaba, 2015: 42). Los bienes comunes no solo son recursos naturales, también son inmateriales como en los ámbitos digitales.

Existen experiencias empíricas de comunes al margen del mercado, en las que la interacción implica principios de cooperación e intercambio, evidencias que Ana Méndez (2015) interpreta en la línea de Elinor Ostrom (2000), ligadas a la tradición de los recursos comunes, planteando que poseen “una institucionalidad propia, capaz de sobrevivir a lo largo de siglos, en torno a una gran variedad de recursos y en distintas partes del planeta” (Méndez, 2015: 32) y que estas prácticas tienen tal poder que no han podido ser disueltas por el mercado.

Fernando Sabín entiende los modos cooperativos como algo más que una alternativa frente al tsunami capitalista; Sabín (2015) encuentra una herramienta para imaginar, experimentar y potenciar nuevas instituciones y posibilidades democráticas y solidarias. La economía solidaria busca generar nuevos modos de vida, “... trabajo compartido y distribuido, la sostenibilidad ambiental, la cooperación, sin fi-

nes lucrativos y el compromiso con nuestro entorno” (Sabín, 2015: 39), todo ello al margen del mercado.

Antonio Lafuente y Alberto Corsín (2015), específicamente analizan los lazos comunes que tejen grupos de mujeres y evocan a Marcel Mauss para referirse a las tecnologías del don como una especie de democracia redistributiva, a través de ciclos de intercambios e interacciones que corrigen las desproporciones en una comunidad, al mismo tiempo que contribuyen al empoderamiento colectivo.

Arturo Escobar plantea las nuevas formas de lo colectivo, con herencia en una cultura que no ha muerto y como reacción a los efectos del desplazamiento, despojo y represión hacia las comunidades, de cuya resistencia surgen nuevos escenarios para vivir, sinergias sociales y militancias como parte de estos sistemas sociales autónomos (Escobar, 2016).

Ángel Calle se refiere a las economías para los bienes comunes como economías para la vida y las define como: “la existencia y la búsqueda del bienestar individual y colectivo” (Calle, 2015: 51), con lógicas afines a las tradiciones de los bienes comunes, pero también expone el surgimiento de nuevas lógicas cooperativistas más cercanas a los sujetos políticos. Con estas iniciativas a favor de la sociedad, Calle destaca la capacidad de autorregulación social que fue interés de los trabajos de Ostrom (2000) y su significado institucional, como

una estrategia para ganar autonomía en sistemas más amplios.

En esta diversidad de formas de lo colectivo en las sociedades contemporáneas, lo claro es que las acciones en cada grupo poseen características distintas, como la temporalidad de la interacción, intensidad de los lazos, los fines y medios de cooperación, el nivel de participación de los integrantes, entre otros. Ante esta complejidad, para el caso del presente acercamiento, hemos elegido un tipo de acción colectiva marginada del mercado, donde no hay una propiedad común, sino acciones colectivas relacionadas con la pluriactividad local, para lograr la subsistencia.

Las características de la acción colectiva que describimos, se refieren a la interacción cara a cara, existen mecanismos de cooperación, ayuda mutua, intercambio, reciprocidad y sentido de pertenencia en distinta intensidad y las acciones pueden explicarse en función de dos motivaciones distintas: la influencia de la cultura y la estrategia. Ya el antropólogo Maurice Godelier habría señalado que “si el don se localiza en todas partes, no puede ser únicamente una manera de compartir lo que se tiene, sino también una manera de combatir lo que no se tiene” (Godelier, 1998: 19), quizá esta referencia da sentido a las nuevas formas de acción colectiva que señalamos como estratégicas, porque surgen a partir de la carencia.

En el caso de la ayuda mutua inspirada en la tradición es una característica común de la cultura mazahua y otomí, que posiblemente también surgió de la necesidad de trabajo y propiedad común, al punto de que el bien colectivo ha sido la base del sistema de producción y consumo durante generaciones, a través de la propiedad colectiva, la reciprocidad, la cooperación (la faena), la devolución, la ayuda mutua o *foshite* (Antonio, 1998) y el intercambio, los ejemplos abundan (Mendieta, 2014). Este tipo de acción colectiva es una potencialidad sostenida en los sistemas de transmisión cultural (institucionalizada).

Con respecto a la estrategia, ilustraremos casos en los que la población marginada del sistema económico imperante, utiliza la acción colectiva como un recurso o herramienta para satisfacer sus necesidades y disminuir costos económicos y sociales que implican sus formas de subsistencia, creando nuevos equilibrios ante la violencia sistémica del mercado y en algunos ante la violencia directa. Podríamos referirnos a estas sinergias sociales como estrategias colectivas neorurales, en el sentido de que a partir de la segunda mitad del siglo XX se intensifica la diversidad laboral con la incorporación de actividades informales o pluriactividad, vinculada con otras dimensiones territoriales.

En esta región, las comunidades conservan prácticas sostenidas en el bien común y propiedad colectiva, lo cual constituye

una potencialidad porque son un mecanismo que impide la sobreexplotación y privatización de los recursos naturales por parte del mercado. La organización horizontal también ha sido una forma de preservar, proteger el bien común y mantener un anclaje comunitario. Solo en el contexto étnico y regional de la acción colectiva que describimos, podremos apreciar las formas y significados de los lazos sociales, las rupturas, continuidad y preservación de la acción colectiva tradicional y las condiciones en las que surgen nuevas formas de acción colectiva, más cercanas a la estrategia que a la tradición.

La pluriactividad en la región otomazahua

La región otomazahua forma parte del Valle de Toluca, en el Estado de México, las comunidades otomíes y mazahuas no solo comparten una dimensión territorial, étnica y simbólica, en la que generaciones pasadas practicaron una economía solidaria que se ha debilitado con la influencia hegemónica del sistema económico y el Estado.

La economía solidaria fue base de la actividad productiva y la interacción cooperativa durante generaciones, aún se conserva la propiedad común de algunos recursos naturales, la reciprocidad y la cooperación, institucionalizadas en los sistemas de transmisión cultural, como en el caso de las fiestas religiosas y patro-

nales, algunos trabajos del ciclo agrícola, los ritos (especialmente mortuorios) y la administración de los recursos naturales.

Actualmente, las comunidades otomíes y mazahuas no solo tienen en común la herencia étnica y cultural y el anclaje a un territorio común, sino también la exclusión del sistema capitalista, debido a que comunidades completas se basan en una economía de subsistencia, en la que combinan el cultivo de la tierra de autoconsumo con actividades informales, como el comercio ambulante.

Las actividades informales tienen una posición marginal en el sistema económico imperante, que no ha logrado incorporar a gran parte de la población, mientras sigue creciendo la brecha de la desigualdad. Algunos ejemplos de las actividades informales a las que nos referimos son la elaboración de artesanías, comercio ambulante (pájaros, artesanías, alimentos regionales) en los polos urbanos de la región y otras entidades del país. Y la población que no logra subsistir se ve obligada a migrar para proveer a su familia de lo mínimo necesario.

La pluriactividad es definida por algunos académicos como “...todas aquellas actividades encaminadas a la reproducción social ampliada, y no solamente a las actividades que son remuneradas de forma monetaria” (Collín, Cano, 2016: 36). Coincidimos con especialistas para quienes la pluriactividad no es una oportunidad,

sino una diversificación de actividades, que aunque ha existido siempre, se mantiene e intensifica desde hace décadas por la devastación del campo mexicano, “la pluriactividad rural significa la alternancia de actividades no agrícolas con las agropecuarias (en mayor o en menor medida) bajo un sistema de unidades de producción familiar...” (Jarquín, Castellanos, Sangerman, 2017: 961).

Para los casos que nos ocupan, la pluriactividad es una alternativa a la que recurren las familias en el ámbito rural, ante la degradación e insuficiencia del campo y la exclusión del modelo económico. Los excluidos son familias y comunidades completas, quienes combinan actividades agrícolas con otras no agrícolas, artesanales, comercio ambulante, migración, entre otras, en las que suelen activar las redes de intercambio y ayuda mutua.

La ayuda mutua como estrategia en la pluriactividad, el caso de los pajareros de Morelos

Morelos es un municipio que forma parte de la Sierra de las Cruces, que conecta con una cadena montañosa que separa al Valle de Toluca y Valle de México, las partes más altas de la cadena montañosa tienen una altitud de 3320 msnm (metros sobre el nivel de mar), con pendientes suavizadas y llanuras a una altitud de alrededor de 2700 msnm, hacia el oeste del municipio en la planicie se levantan cerros tipo

conos volcánicos que colindan suroeste con el cerro de Jocotitlán, cuya altitud es de 3910 msnm y al oeste con el municipio de Atlacomulco.

Este municipio tiene población otomí, uno de los fenómenos que han caracterizado al siglo XX y XXI, ha sido el flujo migratorio cada vez más denso y a partir de la segunda mitad del siglo XX, la diversificación de las estrategias de subsistencia entre la población,

En el municipio de Morelos la pluriactividad es localizada, a partir de las actividades organizativas o productivas, podemos apreciar las redes y prácticas colectivas tradicionales y nuevas. En la cabecera municipal y sus cuatro barrios las actividades predominantes son la hechura de tapetes, mochilas y bolsas para dama (con desperdicio de telas), otra parte de la población masculina se dedica a la captura y venta de aves canoras y de ornato,⁸ aunque también hay personas dedicadas a la cría de ciertas especies de aves, a la elaboración de trampas, redes y jaulas que utilizan los pajareros para ir por todo el país. Y esta ocupación también se localiza en menor proporción en otras comunidades como Santa Clara de Juárez, San Gregorio Macapexco, San Sebastián Buenos Aires, La Epifanía, entre otros.

⁸ Aunque también encontramos algunas mujeres, como Doña Conchita, es una señora mayor que combina esta ocupación con la venta de tlacoyos y productos regionales.

En la localidad de Malacota es una isla geográfica del municipio porque encuentra rodeada por los municipios de Villa del Carbón, Jiquipilco e Ixtlahuaca. Esta localidad se ubica sobre una zona montañosa con suelo húmedo, escurrimientos de agua intermitentes por la humedad que guardan su bosque de coníferas, cuya vegetación se compone de una variedad de plantas silvestres y encinos (*Quercus crassipes*), oyamel, roble (*Quercus rugosa*), gigante, pino (*Pinus patula*, *Pinus montezumae*), tepozán (*Buddleja cordata*), entre otros. La variedad y humedad de los suelos permite cultivos de calidad de maíz, tomate, jitomate. Aunque existe un interesante manejo, protección y aprovechamiento colectivo del bosque, una nueva ocupación de una parte importante de la población masculina, es la preparación y venta de camotes y plátanos asados que llevan los “camoteros” en sus carritos por toda la república.

En Santa Clara de Juárez y San Sebastián Buenos Aires, una parte de la población femenina⁹ hace tlacoyos (de frijoles, haba, longaniza con papas, chicharrón, requesón), tortillas, hongos, chapulines, quesos, nopales y pan que venden en puestos fijos o comercio ambulante, por el Valle de México. En el caso de la población masculina, se emplea en grupos de trabajo para colocar pisos de pasta y acabados con epóxi-

⁹ En algunas familias también participan los hombres.

cos, principalmente para empresas en diversas entidades del país.

En San Marcos Tlaxalpan la población tiene alrededor de veinte años dedicada a la elaboración y venta de piñatas de barro y de cascarón, que entrega a intermediarios por mayoreo en épocas decembrinas (noviembre y diciembre) y vende al menudeo en las poblaciones vecinas y a orilla de las carreteras de su comunidad.

Entre las múltiples formas de la continuidad en la ayuda mutua, intercambio, reciprocidad y cooperación, en las comunidades referidas, el caso de los pajareros es una actividad que se realiza desde hace alrededor de setenta años (aproximadamente tres generaciones), quienes se dedican a esta actividad suelen formar parte de organizaciones como la denominada Unión Nacional de Criadores, Capturadores, Transportadores y Expendedores de aves canoras y de ornato, A. C. UNACO, a través de las cuales se organizan para tener sus permisos en orden y ayudarse cuando sufren algún riesgo relacionado con su ocupación o familiar, ya que no cuentan con ningún otro tipo de apoyo, seguro o garantía.

La venta de aves implica en la mayoría de los casos el comercio ambulante con tercios que transportan sobre su espalda todo el día y aunque son ligeras, llegan a pesar alrededor de diez kilos, en sus desplazamientos no solo se enfrentan a riesgos relacionados con la criminalidad, sino

con la extorsión de cuerpos policiales que en ocasiones los ha despojado de sus pertenencias. En un relato de vida un pajarero nos cuenta con la voz entrecortada “a veces por ganarnos la vida apostamos la nuestra...” haciendo un silencio y señalando la impotencia que siente al enfrentar el abuso y la forma en que enfrentan múltiples riesgos durante sus largas jornadas.

Los pajareros también muestran su profundo conocimiento sobre las aves y los cuidados que tienen para que estas no se enfermen o para tratar las enfermedades, algunos les cubren el techo de las jaulas durante sus recorridos para protegerlos del sol y porque el aire afecta su canto, son capaces de reconocer a las especies por sus cantos y su color y en su caminar refieren que el trino de sus aves avisa de su llegada “ellos son los que hablan por mí”.

Los pajareros han sido testigos de cómo los empresarios agrícolas que cultivan frutas como el mango y el plátano, ven una plaga en las aves, además de la devastación de los bosques que provoca la migración de distintas especies; y, ante la convicción de que requieren su cuidado, ocasionalmente se han organizado para reforestar espacios, con la finalidad de que las aves tengan alimentos para que no se vayan de estos lugares.

Las condiciones y necesidades que implica su ocupación son motivo para que construyan ciertos lazos de confianza e intercambio, cuando alguno requiere un

ave que no tiene, otro se la presta y cuando tiene oportunidad la devuelve. Algunas veces hay grupos de pajareros que viajan juntos y si tienen oportunidad de llevar algún vehículo, cooperan para pagar la gasolina, peajes e incluso compran juntos su comida. En los viajes largos cuando salen a distintos lugares de la República Mexicana, tardan en volver a su casa aproximadamente un mes o más, en el transcurso de sus recorridos venden y compran aves. Cuando van en pequeños grupos también viajan juntos, se cuidan, ayudan e intercambian aves y comparten gastos.

Para algunos de estos hombres, esta actividad es más que una ocupación, es una tradición en torno a la cual realizan ciertas actividades religiosas para agradecer a Dios y a la naturaleza la oportunidad de mantener a sus familias con esta actividad, entre las tradiciones religiosas más importantes, realizan una peregrinación a la Basílica de Guadalupe, CDMX, el domingo de Ramos, previo a la semana santa, para asistir a una misa de acción de gracias a la que acuden con sus familias y es punto de reunión de pajareros de todo el país.

En el municipio hay una fiesta especial en la que se celebra y se agradece, el día 15 de mayo, en la que se organiza también una peregrinación a la que acuden familiares y vecinos, y se caracterizan por el trino de las aves. En estas ocasiones, los tercios son especialmente adornados de

brillantes colores, flores naturales y artificiales y algunos les dan a sus tercios la forma de una cruz, se distinguen por su altura y su peso llega a ser alrededor de veinticinco kilos, Entre los adornos de las jaulas colocan imágenes de crucifijos, la virgen de Guadalupe y San José, incluso hay quien coloca fotografías de sus padres o familiares que han muerto y en vida se dedicaron a esta actividad, colocan la fotografía para honrarlos.

Las prácticas colectivas de mujeres, una forma de ganar espacios

El municipio de San Felipe del Progreso se localiza al noroeste del Estado de México, a una altura de 2560 msnm aproximadamente, posee: valles, planicie, lomeríos, llanuras y montañas. La cabecera municipal se encuentra asentada sobre la parte del valle y cuenta con carreteras que lo conectan con los municipios circundantes: Jocotitlán, Ixtlahuaca, Villa Victoria, San José del Rincón y El Oro.

Tiene la mayor población mazahua del Estado de México y las comunidades donde se hay mayor población mazahua son identificadas por el Consejo Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas como las de más alta marginación y vulnerables (Mendieta, 2014), entre las externalidades negativas de su relación informal y marginal con el sistema económico, podemos mencionar la insuficiencia de fuentes de empleo y de integración labo-

ral y escolar para los jóvenes, que son los “desintegrados” y expulsados.

Debido a que la población mazahua es considerada como un sector vulnerable, es población objetivo de fundaciones, organizaciones no gubernamentales y asociaciones civiles; pero, también de empresarios agrícolas, ganaderos y empresas en busca de mano de obra barata. Asimismo, es importante mencionar que existen formas colectivas preservadas en los sistemas de transmisión cultural como comités religiosos, mayordomías (sistemas de cargos religiosos), redes de solidaridad entre grupos domésticos, asamblea comunal y asamblea ejidal, relaciones de parentesco, compadrazgo y muy recientemente guardias comunitarias ante la violencia que se vive en la región y al desinterés del gobierno municipal, estatal y nacional.

Existen datos documentados de reciprocidad o “mano vuelta”, ayuda mutua o *foshte* (Antonio, 1998; Mendieta, 2014). A estas redes asociativas las podemos reconocer como actores colectivos tradicionales debido a su interés por el bien común y sus capacidades para propiciarlo.

En las organizaciones tradicionales mencionadas, la acción colectiva esta institucionalizada en la cultura, la cooperación no es sólo un acto de elección individual aislado, sino un acto colectivo internalizado en la tradición y en la cotidianeidad, sobre todo en ámbitos religiosos y agrícolas. Pero también tiene un lado estratégico,

porque la acción colectiva es un ganar-ganar, “yo te ayudo y tú me ayudas”, en este sentido representa un seguro para ganar un bien, servicio o información. Además de que las personas que participan en la acción colectiva van construyendo un estatus en función de su participación en sus comunidades o grupos.

El municipio se encuentra en un proceso de transición debido a múltiples influencias, como medios de comunicación, partidos políticos, nuevos actores colectivos, la intensidad de la migración y el tránsito de las mujeres mazahuas del espacio privado al espacio público. En este último caso es en el que nos vamos a enfocar, el tema de paso de las mujeres al espacio público, que implica una forma de ganar espacios y tomar el papel de actores colectivos.

Es especialmente importante tratar el tema de las mujeres como actores colectivos, aunque podríamos escribir páginas y páginas sobre los migrantes como actores colectivos o los colectivos tradicionales referidos; no obstante, la participación de las mujeres en las comunidades mazahuas es un acontecimiento, porque se trata de una cultura con una estructura patriarcal (Hernández, 2007), en la que la división sexual del trabajo y del uso de los espacios tiene marcas de género. Así que mientras los hombres se han ocupado del espacio público, a las mujeres les ha correspondido el espacio privado. Y quizá también un caso muy ilustrativo es que mediante la

herencia material se ha privilegiado especialmente a los hijos varones.

Abundantes etnográficas ilustran el predominio de los hombres en los espacios públicos, además de su papel de proveedores y figuras de autoridad y a las mujeres como encargadas de la reproducción familiar (Sandoval, 2002; Vizcarra y Marín, 2006: 39-67). A menudo su trabajo es invisibilizado y sin reconocimiento, en tanto el hombre mazahua ha tenido una imagen que corresponde a la masculinidad hegemónica, no solo en el espacio privado, sino en el espacio público (Basauri, 1990: 233-314; González, 2001); esto podría explicar un poco la diferencia en la participación masculina y femenina en la política local.

Desde la infancia, las tareas de los niños y las niñas son distintas según su género, las niñas deben ayudar a la madre en el espacio doméstico, en actividades como: cuidado de los hijos pequeños, alimentación de los animales domésticos, limpieza y preparación de alimentos. Las mujeres limpian y preparan el maíz para cocinar, cultivan y recolectan plantas para consumo (quelites) y medicina tradicional, crían a los hijos pequeños, atienden a los animales, entre otras actividades propias de su género, también participan trabajos del ciclo agrícola, como la pizca,¹⁰ desgrane

del maíz¹¹ y almacenamiento. Las mujeres mayores se encargan del pastoreo, escarminan (limpian) la lana, hilan, tejen y bordan prendas y manualidades para uso doméstico, comercio o intercambio, desgranar las mazorcas, entre otras.

Los niños comúnmente tienen actividades asignadas fuera del hogar, en los campos pastoreando los animales o en la milpa (terreno de cultivo), ayudando al padre en abonar la tierra u otras labores propias de su condición de género. Los hombres son los encargados de seleccionar la semilla de maíz, mejorarla, adaptarla, combinarla, mantener su diversidad y transmitir los conocimientos a sus hijos para mantener el cultivo, que representa la actividad principal, a través de la cual, proveen de alimento a las familias y para mantenerla, en ocasiones deben realizar otras actividades de subsistencia complementarias como el pastoreo, el comercio, la albañilería, entre otros oficios. Los abuelos se dedican principalmente a actividades propias del ciclo agrícola y al pastoreo, aunque también realizan otras actividades de subsistencia, como recolección de leña y hongos comestibles, artesanías y comercio.

La migración es una variable que obliga a las mujeres a participar en el espacio público, porque deben representar los intereses de sus maridos o familia, ante la

10 Es el nombre que recibe la forma manual de separar las mazorcas de la planta en el proceso de cosecha de maíz, para secarlas, desgranarlas y posteriormente almacenarlas.

11 Esta actividad consiste en desprender los granos de maíz, cuando están insertados en el raquis cilíndrico u olote, para encostalar y almacenar las cosechas.

ausencia de los hombres, de tal manera que en las comunidades donde hay migración masculina más intensa, hay mayor presencia de las mujeres en asambleas, faenas, grupos religiosos, actividades productivas y comunitarias, como es el caso de las localidades de San Pablo Tlalchilpa y San Pedro el alto.

La participación de las mujeres en proyectos productivos impulsados por asociaciones civiles y gobierno municipal, es relevante porque se trata de proyectos colaborativos en los que se beneficia a grupos de mujeres, que encuentran una alternativa de autoproducción, autoconsumo e ingreso para complementar el consumo familiar, además de que aseguran la calidad de sus alimentos y la garantía de que son cultivos orgánicos, además de la venta e intercambio de productos en el mercado. Esto no significa un cambio radical en sus vidas, porque siguen enfrentando múltiples carencias, violencias y desigualdades; sin embargo, es una oportunidad para proporcionar el sustento a sus hijos e ir ganando espacios.

Algunas ventajas de estas formas asociativas son que en su participación ellas distribuyen el tiempo que deben invertir en sus jornadas de acuerdo a sus necesidades familiares y de los cultivos en invernaderos, hortalizas, camas de nopales, tejido de artesanías o cría de animales domésticos. La organización en los grupos es horizontal, es decir, no existen jerarquías

y las decisiones se toman por mayoría de votos, asimismo la redistribución del producto es proporcional al trabajo y equitativa. Dentro de los grupos tienen igualdad, fuera de los grupos las mujeres son mano de obra explotada, con duras jornadas de trabajo como obreras.

Se trata de economías de subsistencia en las que la acción colectiva también es una oportunidad para entrar al espacio público y tomar decisiones, participar en reuniones, asambleas y paulatinamente, en algunos casos, ser protagonistas de cambios en sus grupos, familias y comunidades. La participación, protagonismo y capacidades en el espacio público, las ha posicionado paulatinamente como agentes de cambio social.

Algunas ventajas que las organizaciones formales ven en estos grupos, destacan: la conciliación de los conflictos en forma más eficiente que en el caso de los grupos de hombres, no solo trabajan por dinero, porque ganan en especie, sino que su incentivo principal es proveer para el consumo familiar y posiblemente, también logran cierta independencia. Es evidente, que los proyectos de las mujeres sean más exitosos que los de los hombres y esto puede deberse a que ellas han sido las herederas de los conocimientos acumulados por las generaciones anteriores, como encargadas de la reproducción y del cuidado del hogar, han preservado prácticas, cuidados y además han desarrollado la capacidad

de autoorganización y administración de ingreso y consumo familiar.

Las condiciones de marginación y desigualdad de las comunidades también han contribuido a la participación de las mujeres en la escena pública, dada la necesidad de incrementar el ingreso familiar. La participación de las mujeres poco a poco se va expandiendo de los espacios productivos y religiosos, a los ámbitos políticos, sociales. En los últimos diez años se aprecia el aumento de la presencia de mujeres en las reuniones comunitarias relativas a la tenencia de la tierra, lugar donde los hombres habían sido los protagonistas durante generaciones.

“En los proyectos productivos que promueve el Ayuntamiento de San Felipe del Progreso, se trabaja con cerca de 1500 personas en huertos familiares, para autoconsumo y venta, de los cuales la proporción de mujeres es de 90 %” (Licenciado Edgar Romero, Jefe de la Unidad de Proyectos Productivos del Ayuntamiento de San Felipe del Progreso, 20 de mayo de 2008; en Mendieta, 2014).

Contrariamente a los perfiles etnográficos que presentan a las mujeres mazahuas como dependientes, tímidas y sumisas, cada vez tienen más presencia en la vida pública, como actores y protagonistas.

En comunidades como San Pedro de los Baños en Ixtlahuaca las mujeres acuden

a las asambleas comunitarias, tienen a su cargo proyectos productivos, realizan faenas escolares y comunitarias; y son beneficiarias de organizaciones como UCIRI¹². También las organizaciones asistenciales tienen mayor participación de mujeres, que de hombre, como en el caso de Misión Mazahua, Humanismo Vivo, Patronato Promazahua, Visión Mundial.

La participación de las mujeres en la escena pública no necesariamente significa la ruptura con el espacio privado, sino la ampliación de sus esferas de acción, porque continúan haciéndose cargo de sus labores domésticas, la crianza y educación de los hijos, que combinan con sus diligencias relativas a la vida colectiva y al espacio público.

Los grupos organizados están formados tanto por mujeres mazahuas, como por no mazahuas. Estos nuevos actores colectivos crecen y captan la simpatía de otros actores colectivos tradicionales y emergentes que trabajan en estos lugares.

Acción colectiva y pluriactividad

El aumento de la desigualdad, la degradación de las formas de vida rurales y la insuficiencia del Estado generan que cada vez más familias sean expulsadas de sus territorios, unas en forma permanente, otras realizando actividades informales para contribuir al consumo familiar, a

¹² Unión de Comunidades Indígenas de la Región de Ixtlahuaca, S. C.

esta diversificación de las actividades de subsistencia la hemos identificado como pluriactividad; aunque es una práctica antigua, se intensifica con la relación desigual de las comunidades con el sistema económico, como alguna vez lo planeó el antropólogo Maurice Godelier (1998). En estos escenarios, los marginados y vulnerables que vienen de economías de subsistencia, se unen en torno a una necesidad o interés común, como parte de estrategias cooperativas reales que surgen a partir de intereses y necesidades comunes en escenarios de proximidad socioterritorial, y étnica.

Los ámbitos locales son cada vez más influenciados por lo global y a su vez, la intensidad de la pluriactividad, como externalidad negativa del sistema económico; hace de lo local algo necesario para explicar los nuevos flujos de migración, como el caso de los vendedores ambulantes que salen de estas regiones empobrecidas. Pero también, en estas relaciones estructurales, se tejen las nuevas relaciones colectivas y colaborativas que ilustramos en estas líneas. A pesar de la influencia hegemónica sobre la región otomazahua, los vínculos comunitarios no han sido demolidos porque siguen estando vigentes a través de las relaciones de proximidad, heredadas en los sistemas de transmisión cultural (institucionalizadas en la cultura), como en el caso los lazos de parentesco, amistad, compadrazgo y propiedad comunal.

Esta pluriactividad que había estado localizada, se mueve rápidamente al ritmo de nuevas generaciones que comienzan a emparentar; las mujeres y los hombres jóvenes cuando se casan o se unen en pareja, llevan consigo a sus nuevos lugares de residencia la ocupación que les heredaron los padres, no solo como una tradición, sino como una forma de subsistencia.

Las nuevas formas de acción colectiva que hemos descrito a través de la pluriactividad, son favorecidas por la confianza y creación de sinergias, así como cierto grado de certidumbre, por los rasgos en común de sus practicantes. Y un rasgo de la acción colectiva que surge en la pluriactividad, es que aun cuando podríamos considerarla estratégica, los fines no son subóptimos, ni egoístas u oportunistas, en términos de la teoría de Hardin (1968) y la elección racional, sino que persiguen el bien común, la seguridad, el abastecimiento, como estrategia para el bien común y una especie de seguro de viaje de ida y vuelta.

Lo más evidente de la vida colectiva tradicional es que aunque los símbolos culturales, el escenario local y el entorno material han sido motivos para la asociación entre la gente, prevalecen valores compartidos mantenidos y renovados mediante la cooperación en ciertos espacios religiosos, la propiedad de los bosques, las actividades de subsistencia y el ciclo agrícola principalmente.

Así, las organizaciones tradicionales son unidades que integran el sistema de organización social colectivo y existen en todas y cada una de las comunidades con variaciones en la intensidad de la cooperación y en el sentido de pertenencia. En muchos sentidos la acción colectiva de la comunidad es una acción estratégica y funcional que permite a los individuos proveerse de bienes y servicios de una forma menos costosa (social y/o económica), que si actuaran individualmente.

La acción colectiva de grupos y organizaciones tradicionales es posible en las comunidades debido a que los espacios territoriales favorecen las posibilidades de que surja la cooperación y, en algunos casos, de que esta cooperación se vuelva estable, como ya ha mencionado Robert Axelrod (1996), ya que la convivencia, el uso de espacios comunes y la frecuencia de trato incrementan las interacciones de los individuos dentro de una comunidad.

La posición del género femenino con respecto a la vida pública también ha sido un hecho que neutraliza de alguna manera la masculinidad hegemónica predominante entre la población mazahua, dada la estructura patriarcal de su cultura. Aunque hay mujeres que continúan viviendo numerosas formas de opresiones, a pesar de estos cambios; y, todavía es posible encontrar casos de mujeres que mantienen relaciones de subordinación.

Lo que es un hecho, es que las mujeres no habrían logrado espacios sin trabajar colectivamente, porque su presencia, si bien no modifica la tradición ni las ideas dominantes en la estructura patriarcal mazahua, da la percepción de que las nuevas generaciones van construyendo sobre la forma en la que se vive el género en estos nuevos escenarios.

Bien, hablamos de un tipo de intercambio diferente del mercantil, porque implica un proceso cíclico y continuo que no termina con el pago o devolución del bien o servicio, sino continúa en las relaciones sociales establecidas, su origen, desarrollo, transmisión y reproducción dan cuenta de su práctica recursiva en localidades marginadas y donde el intercambio es una alternativa de provisión que funciona como un cheque al portador.

Conclusiones

En los pueblos originarios, como los que aquí nos ocupan, las organizaciones, preservan mantienen, renuevan y refuerzan los intereses comunes y los valores colectivos; la acción colectiva no solo tiene una recompensa material, sino también simbólica. Lo material tiene que ver con que disminuyan los costos sociales y económicos que habrían pagado de haber actuado individualmente y la recompensa simbólica asegura la devolución de su esfuerzo.

El nuevo institucionalismo nos ayuda a estimar la fuerza y alcance del tejido so-

cial relacionado con la acción colectiva, como recurso cultural.

El hecho de que la acción colectiva pueda verse como una estrategia ante la violencia estructural del sistema económico, no significa que mejoren las condiciones de vida local, sino que pueda esconder la carencia, frustración e impotencia de aquellos que cada vez están más ignorados por el Estado y marginados por el mercado.

Las relaciones de género con poder desigual, asimétricas o inequitativas, que describieron los antropólogos y sociólogos en las comunidades mazahuas y rurales, podrían estar cambiando paulatinamente en el sentido de que las mujeres ganan espacios a través del trabajo en grupos; sin embargo, cada vez hay más migración y violencia invisibilizada, donde las más vulnerables siguen siendo las mujeres.

Rerefencias

Aguirre Baztán, Ángel (2004). *La cultura de las organizaciones*. Barcelona, España: Ariel.

Antonio Reyes, Efraín (1998), *El foshte en el ciclo agrícola de temporal en Santa Ana Nichi, Municipio de San Felipe del Progreso, México*, tesis para obtener el título de Licenciado en Antropología Social. México: Facultad de Antropología, Universidad Autónoma del Estado de México.

Arizpe, Lourdes (2006). *Culturas en movimiento, interactividad cultural y proceso globales*. México: Universidad Nacional Au-

tónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Arocena, José (2002). *El desarrollo local: un desafío contemporáneo*. Uruguay: Universidad Católica de Uruguay, Taurus.

Axelrod, Robert (1996). *La evolución de la cooperación*. España: Alianza.

Bardhan, Pranab (2005). *Scarcity, Conflicts, and Cooperation, Essays in the political and institutional economics of development*. London, England: The MIT Press Cambridge, Massachusetts.

Basauri, Carlos (1990). Familia 'otomiana', otomíes. En *La población indígena de México*, Tomo III, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional Indigenista, pp. 233-314.

Calle, Ángel (2015). Economía para los bienes comunes. Relevancia y prácticas. En *El procomún y los bienes comunes*, Dossieres ESF, núm.. 16. Madrid: Economistas sin Fronteras, pp. 48-53.

Calle Collado, Ángel, Rubén Suriñach Padilla y Conchi Piñeiro (2017). Comunes y economías para la sostenibilidad de la vida. En Nuria Alonso Leal, et al, *Rebeldías en común. Sobre comunales, nuevos comunes y economías cooperativas*. Madrid: Libros en Acción.

Collin Harguindeguy, Laura, Jorge Alberto Cano González (2016). La pluriactividad: evidencia de estrategia local ante la exclusión. En *Scripta Etnológica*, vol. XXXVIII. Buenos Aires, Argentina: Consejo

- Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, pp. 25-52.
- DiMaggio Paul J., Walter W. Powell (1999). Introducción. En Walter W. Powell y Paul J. DiMaggio (compiladores), *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 33-75.
- DiMaggio Paul J., Walter W. Powell (1999). Retorno a la jaula de hierro: el isomorfismo institucional y la racionalidad colectiva en los campos organizacionales. En Walter W. Powell y Paul J. DiMaggio (Comps.), *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 104-125.
- Durkheim, Émile (2000). *Las reglas del método sociológico*, elaleph.com (Primera edición 1901).
- Escobar, Arturo (2016). *Autonomía y diseño, la realización de lo comunal*. Colombia: Universidad del Cauca, pp. 15-46.
- Elster, Jon (1990). *Tuercas y tornillos, una introducción a los conceptos básicos de las Ciencias Sociales*. España: Gedisa editorial.
- Elster, Jon (1991). Racionalidad, moralidad y acción colectiva. En Fernando Aguiar (comp.), *Intereses individuales y acción colectiva*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, pp. 43-69.
- Eggertsson, Thráinn (1995). *El comportamiento económico y las instituciones*. España: Alianza editorial S.A.
- Eggertsson, Thráinn (1996). A note on the economics of institutions. En Alston, Lee J., Thráinn Eggertsson y Douglas C. North, *Empirical studies in institutional change*. Cambridge: University Press, pp. 6-24.
- Feiock, Richard C. (2009). *Metropolitan Governance and Institutional Collective Action*, Urban Affairs Review, Volume 44, Number 3, Sage Publications (<http://uar.sagepub.com>) at Ebsco Electronic Journals Service (EJS) on June 14, 2009.
- Friedland, Roger y Robert R. Alford (1999). Introduciendo de nuevo a la sociedad: símbolos, prácticas y contradicciones institucionales. En Walter W. Powell y Paul J. DiMaggio (Comps.), *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 294-329.
- Funes Rivas, María Jesús y Jordi Monferrer Tomàs (Eds.) (2003). Perspectivas Teóricas y aproximaciones metodológicas al estudio de la participación. En *Movimientos sociales: cambio social y participación*, Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, pp. 21-58.
- Godelier, Maurice (1998). *El enigma del don*, España. Buenos Aires, México: Paidós.
- Grafstein, Robert (1992). *Institutional realism. Social and political constraints on rational actors*. United States of America: Yale University Press and New Haven and London.
- Granovetter, Mark (1991). Modelos de Umbal de Conducta Colectiva. En Fernando Aguiar (Comp.) *Intereses individuales y*

- acción colectiva*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, pp. 71-102.
- Guadarrama Romero, Xóchitl (2007). Tesis de maestría: *Reacción social femenina ante la migración transnacional en la región mazahua del Estado de México*. Toluca, Estado de México: Facultad de Ciencias de la Universidad Autónoma del Estado de México.
- Hardin, Russell. (1995). *One for all: The logic of group conflict*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Hernández Castillo, Rosalba Aída (2007). Reseña de “Haciendo justicia. Interlegalidad, derecho y género, en regiones indígenas”. En María Teresa Sierra, *Desacatos*, enero-abril, número 023. Distrito Federal, México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, pp. 325-329.
- Hirschman, Albert O. (1977b). *The Passions and the interests, Political arguments for capitalism before its triumph*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Hoebel, Adamson E. (1975). La naturaleza de la cultura. En Harry L. Shapiro, *Hombre, cultura y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 231-245.
- Jarquín Sánchez, Natalia, José Alfredo Castellanos Suárez y Dora Ma. Sangerman-Jarquín (2017). Pluriactividad y agricultura familiar: retos del desarrollo rural en México. En *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 8, (4). Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/322673580_Pluriactividad_y_agricultura_familiar_retos_del_desarrollo_rural_en_Mexico
- Lafuente, Antonio, Alberto Corsín (2015). Economías y tecnologías del don. En *El procomún y los bienes comunes*, Dossieres ESF, núm. 16. Madrid: Economistas sin Fronteras, pp. 24-30.
- Knight, Jack (1992). *Institutions and social conflict*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Malinowski, Bronislaw (1975). *Los argonautas del pacífico occidental. Un estudio sobre el comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanesica*. Barcelona: Ediciones Península.
- Mauss, Marcel (1969/2009). *Ensayo sobre el don, forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Madrid: Katz Editores.
- Méndez de Andrés, Ana (2015). Las formas del común. En *El procomún y los bienes comunes*, Dossieres ESF, núm. 16. Madrid: Economistas sin Fronteras, pp. 31-36.
- Mendieta Ramírez Araceli (2014). *Acción colectiva y desarrollo local. En municipios con población indígena mazahua del Estado de México ¿Una potencialidad ignorada?*, Tesis para el obtener el grado de Doctor en Análisis de Procesos Políticos y Sociales. España: Universidad Carlos III de Madrid.
- Merino Pérez, Leticia (2004). *Conservación o deterioro: El impacto de las políticas públicas en las instituciones comunitarias y en los usos de los bosques en México*. México: Se-

- cretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, Instituto Nacional de Ecología y Consejo Civil Mexicano para la Silvicultura Sostenible A. C.
- North, Douglass C. (1996). Epilogue: economic performance through time. En Alston, Lee J., Thráinn Eggertsson y Douglas C. North, *Empirical studies in institutional change*, Cambridge: University Press, pp. 342-355.
- North, Douglass C. (2006). *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. México: Fondo de Cultura Económica (Tercera reimpresión).
- North, Douglass C., John Joseph Wallis y Barry R. Weingast (2009). *Violence and social orders. A conceptual framework for interpreting recorded human history*. Cambridge: University Press.
- Nussbaum, Martha C., Amartya Sen (Comps.) (1996). *La calidad de vida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Olson, Mancur (1965/1992). *La lógica de la acción colectiva. Bienes Públicos y la Teoría de Grupos*. México: Editorial Limusa (Primera edición 1965).
- Ostrom, Elinor (2000). *El gobierno de los bienes comunes: la evolución de las instituciones de acción colectiva*. México: Fondo de Cultura Económica, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Polanyi, Karl (1994). *El sustento del hombre*. Barcelona: Mondadori.
- Rendueles, César, Igor Sádaba (2015). Los bienes comunes en un entorno de fragilidad social: el caso del crowdfunding. En *El procomún y los bienes comunes*, Dossieres ESF, No. 16. Madrid: Economistas sin Fronteras, pp. 42-47.
- Rendueles, César (2017). Las condiciones institucionales de una reconstrucción de los bienes comunes en las sociedades mercantilizadas. En Nuria Alonso Leal, et al, *Rebeldías en común. Sobre comunales, nuevos comunes y economías cooperativas*. Madrid: Libros en Acción, pp. 47-56.
- Sabín, Fernando (2015). La economía solidaria, el movimiento cooperativista y los comunes. En *El procomún y los bienes comunes*, Dossieres ESF, núm. 16. Madrid: Economistas sin Fronteras, pp. 37-41.
- Sandoval Forero, Eduardo Andrés (2002). Relaciones de Género y dominación en los indígenas mazahuas. En *Otras Miradas*, junio, año/vol. número 001. Mérida, Venezuela: Universidad de los Andes, Pp. 1-14.
- Scott, W. Richard (1999). Retomando los argumentos institucionales. En Walter W. Powell y Paul J. DiMaggio (Comps.), *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 216-236.
- Shelling, Tomas, C. (1978). *Micromotives and macrobehaviour*. New York & London: W W Norton & Company.

- Tarrow, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Taylor, Michael (1982). *Community, anarchy y liberty*, Cambridge: University of Cambridge.
- Taylor, Michael (1991). Racionalidad y acción colectiva revolucionaria, en Fernando Aguiar (Comp.), *Intereses individuales y acción colectiva*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, pp. 103-148.
- Tilly, Charles (1991). Modelos y realidades de la acción colectiva popular. En Fernando Aguiar (Comp.), *Intereses individuales y acción colectiva*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, pp. 149-178.
- Vega Solís, Cristina, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes Chauca (2018). *Cuidado, comunidad y común. Extracciones, apropiaciones y sostenimiento de la vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Vizcarra Bordi, Ivonne y Nadia Marín Guadarrama (2006). Las niñas a la casa y los niños a la milpa: la construcción social de la infancia mazahua. En *Convergencia*, enero-abril, año/vol. 13, núm. 040. Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 39-67.